

¿DE QUÉ HABLAMOS, CUANDO HABLAMOS DE LECTURA EN LA ESCUELA?

JOSÉ QUINTANAL DÍAZ



Profesor Titular de la Facultad de Educación de la UNED y Vicedecano de Ordenación académica, Calidad, Prácticas Profesionales y TFG. Entre otros libros ha publicado los siguientes: La lectura, Madrid, Bruño, 1995; Actividades lectoras en la escuela Infantil y Primaria, Madrid, CCS, 2013; La lectura de regazo, más que un derecho una necesidad, Madrid: Dykinson, 1999; La animación lectora en el aula: técnicas estrategias y recursos, Madrid, CCS, 2005; Diez criterios para conseguir que tus hijos lean (y una historia personal de la lectura), Madrid, CCS, 2015.

Son muchas y muy diversas, las actividades, dinámicas y programas que he visto organizar en las escuelas de nuestro país, justificadas en el contexto de un plan escolar de lectura,

Desde luego, está claro que el objetivo de todas ellas radica en dinamizar el desarrollo comunicativo que genera el acto lector y en la medida de lo posible, sensibilizar a los niños y jóvenes con los beneficios lúdico-formativos que deviene su ejecución. Incluso, con mucha frecuencia, he constatado que se implica a los padres y madres en esas experiencias, por aquello de establecer puentes de comunicación didáctica entre la familia y la escuela, o por dar sentido al plan, pues todas las investigaciones demuestran que únicamente la implicación desde el hogar asegura el logro de estos ob-

jetivos a largo plazo. Ésta es la mejor manera de dar continuidad a la actividad que tiene lugar en el aula y prolongar indefectiblemente ese efecto didáctico de la enseñanza. Vamos, que los padres tienen que comprometerse muy activamente en la lectura de sus vástagos. Deben hacerlo, si pretenden que sus hijos alcancen el verdadero estatus de lector.

A este respecto, desde la escuela suele estar muy bien planificado el procedimiento para conseguir esa implicación de la familia: primero, generando inquietud por los beneficios que para el pequeño va a suponer adquirir ese hábito; y luego, poniéndoles la miel en los labios, estimulando su práctica, orientándoles acerca del modo en que pueden optimizar esa dedicación, compartiendo las lecturas, cómplices de una intimidad

con la que graban en sus corazoncitos, a fuego, la marca de lectores y amigos "forever". Nada hay más goloso para unos padres, que descubrir los recursos que contribuyen a perpetuar en los hijos su memoria. La lectura lo consigue como ningún otro. Además, es una tarea agradable que requiere muy poco esfuerzo; solamente, tiempo. Y al igual que sucede con todos los compromisos, éste los padres se lo toman como un juego que puede llegar a ser entretenido (más cuando devenga un enorme beneficio personal y contribuye a mejorar la relación con sus hijos). Se aferran a él como lapas, buscando una buena cota de prácticas lectoras. Al final acaban poniendo a los pequeños a leer en cualquier circunstancia: en la cama, sentados entre cojines o en el suelo, tumbados, en el bus, a solas, en

grupo, en la merienda, tras la cena, antes de desayunar, cuando visitan a los abuelos, en el parque, aprovechando la espera en la visita al dentista y hasta en esos lugares que en el cole les han referido como los mejores-contextos-generadores-de-hábito-lector, aquellos que están considerados como los más entrañables del hogar: la figura de sus progenitores, lo mismo en su regazo como arropados al embozo de las sábanas, al acostarse. Ante tal evidencia, las reacciones de los padres son de lo más diverso; tenemos desde los que demuestran el empeño de la exageración convirtiendo la recreación literaria en la única vía para facilitar la evasión y la recreación de sus hijos, a los más moderados que por prudentes acuerdan entre ellos un reparto equitativo de la tarea y lo interpretan con mayor laxitud. Pero (todos, siempre) cumplen; de eso no cabe ninguna duda.

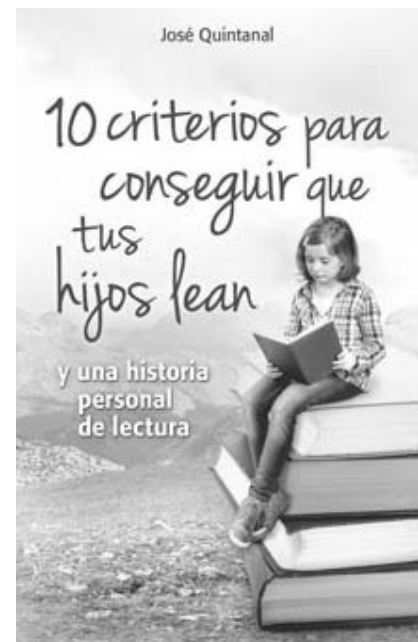
Por parte de la escuela, creo que se está desempeñando muy bien el papel que le corresponde, como referentes y orientadores de la dinámica familiar. Incluso, estimulando la función que, como modelos de sus hijos, a los padres lo mismo que a las figuras familiares del apego, directamente les atañe desempeñar en el hogar. La relación familia-escuela la estrecha y consolida precisamente la construcción de estos lazos de afectividad que surgen a

partir de las experiencias de lectura.

Lo que no tengo tan claro es el modo en que se ejecuta la lectura en el aula, porque observo que también se da una gran disparidad metodológica. Al tratarse de un ámbito profesionalizado (a los maestros se nos considera especialistas de la lectura, al igual que se supone el valor en el ejército), aun considerando lo beneficioso que resulta el que haya diversidad, desde luego la disparidad no la entiendo. Cuestiones como la comprensión, la personalización del contenido, la variedad ejecutoria o la diferencia en cuanto a gustos o intereses, las consideré siempre

“No todos los docentes están convencidos del beneficio que depara leer”.

consuetudinarias del hábito lector, de modo que sólo quien comprende lo que lee, lo integra en su propio esquema de conocimiento, lo expresa de modo personal y goza de criterio propio, demuestra verdadera autonomía. Mientras, me sigo encontrando aulas donde el ejercicio de comprensión concluye en contenidos unidireccionales y uniformes, a las ejecuciones por monótonas, no se les con-



sigue dar sentido expresivo, pues se disocia del control tonal o los profesores especialistas siguen decidiendo qué títulos tienen que leer los alumnos en su clase. Bien es cierto que ésta no es la norma, pero sí resulta una evidente realidad que ilustra nuestra variopinta geografía escolar.

Además, no olvidemos que no todos los docentes están convencidos del beneficio que depara leer. Algunos, demasiados para lo que nos gustaría, por supuesto, me han confesado no sólo su falta de hábito personal, sino que su limitación se convierte en incredulidad en el beneficio de la práctica. Malamente se puede transmitir lo que no se posee, por muy profesional que se sienta uno, porque esa carencia se transmite en la cotidianidad de la convivencia del aula. Empezando por el efecto que genera ese “mode-



lo” lector, que también le corresponde desempeñar a los maestros. Porque no se puede ocultar, ni pasar desapercibido, cuando los alumnos pueden estar meses y meses viendo a sus profesores, tutores o especialistas hablando de la importancia de una lectura que, ... ¿luego, dónde, cuándo o cómo la constatan? ¿los ven leer a ellos, pasear libros o simplemente toman interés con el desarrollo de una u otra historia de los libros que los alumnos les comentan? (obras son amores y no buenas razones).

Hay niños a los que en cierto modo, se les está pidiendo un acto de fe. Una fe tan ciega que, a medida que pasa el tiempo, se tambalea, genera dudas y acaba por hacerlos caer en la desidia de la comodidad, el pasotismo televisivo y la apatía de la recreación técnico-mecanicista. Como le sucediera a Pedro en la

aguas de Galilea que se hundió a la primera ventolera que le dio, estos pequeños, con la pubertad, cuando la fe se tiene que apoyar en la responsabilidad o la autonomía, su interés por la literatura decae y con él, la práctica de su lectura que acaban por abandonarla. Lógico.

Y podríamos también indagar en la fundamentación pedagógica que se hace del uso de la lectura en la dinámica cotidiana escolar, para preguntarnos si ésta realmente es “comprensiva”, estimula la personalización o la diversi-

“A los maestros se nos considera especialistas de la lectura, al igual que se supone el valor en el ejército”.

dad, saborea el deleite del conocimiento o estimula el intercambio comunicativo, ... Por eso nos preguntamos, cuando hablamos de lectura, en la escuela, ¿de qué hablamos? ¿Del recurso cotidiano, de la actividad extraordinaria que se programa periódicamente en el plan escolar, ...? ¿de lo que tiene que ser normal o de lo extraordinario?

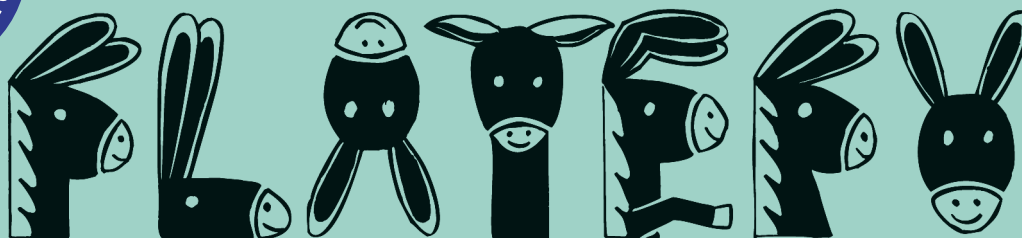
Que nadie me tache de pesimista, negativo o incluso, purista. No soy nada de eso; pero estoy convencido desde mis primeros escauceos en el aula, hace ya más de treinta

años, que las muchas horas de aula compartida con los alumnos sobran para despertar la inquietud y el interés. Como decía al principio, los planes escolares están para eso. Y el trabajo que todos y cada uno de los docentes aplican, si en realidad, sumara, daría resultado. Este es el verdadero sentido que tiene cualquier Plan; en cuanto a la lectura, también: unificar esfuerzo, en pos de un objetivo común. Su efectividad, en cierto modo, la condiciona el hacer profesional de cada uno. Las estadísticas nos sacan los colores en este tema. Y podría apelar también a nuestro prurito magisterial para reclamar a la conciencia de cada docente, el nivel de logro que alcanzan en sus alumnos. El carácter básico, instrumental que todos los currículos conceden a la lectura, es suficiente para entender que al alumno que tras la escolaridad básica no lo tenga debidamente adquirido, asimilado, integrado, se le aventuran problemas futuros, como adulto. Evitarlo, no requiere más que planificar debidamente el modo en que tendremos (todos y cada uno) que proceder para NORMALIZAR la comunicación escrita en su entorno escolar. También en el familiar. Es nuestro trabajo. ■



218

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2018



PLATERO - Revista de Literatura Infantil - Juvenil, Animación a la Lectura
y Bibliotecas Escolares - CPR (OVIEDO)



ALBERT ANKER (Suiza, 1831-1910)

LEER Y CRECER

(SELECCIÓN DE LIBROS-REGALO)